



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

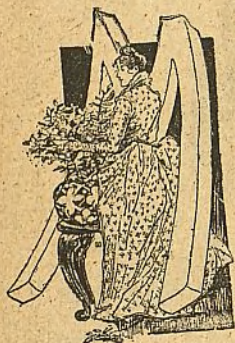
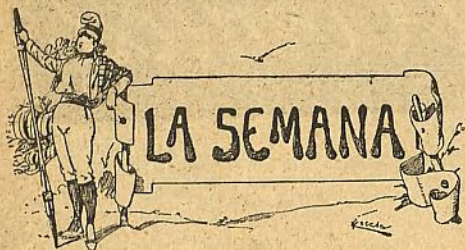
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

ACTRICES



JOSEFINA ALVAREZ

Goza fama de ser muy buena moza...
y es muy justa la fama de que goza.



anolito Gázquez se vanagloriaba en una ocasión de haber montado un potro tan duro de boca y sensible de lomo, que ni el caballista más práctico había podido hacer carrera de él.

—El animal—decía—dió un bote, pero yo no hice caso; se arrancó en un galope, y yo ¡firme que firme!; empezó á cocear, y yo ¡firme que firme!; dió un par de saltos de carnero, pero, nada; yo ¡firme que firme!; tiró el si-

llín de una sacudida, pero yo, como siempre ¡firme que firme!...

—¡Hombre, por Dios!—le interrumpieron—¡cayó la silla y no caiste tú?

—Yo que había de caer?—replicó muy serio Manolito—¡si estaba en el suelo desde el primer bote!

Y así la crisis.

Tan por los suelos ha estado y tan firme que firme entre los acontecimientos del año actual, como Manolito Gázquez entre los brincos, saltos y galopes del potro.

Cuando murió Gayarre, ya estaba la crisis firme que firme, los conjurados erre que erre y los conciliadores busca que te buscarás.

Pasó el trancazo, pasó el peligro en que estuvo el monarca, se apagaron las energías anti-británicas, murió D. Amadeo, estallaron petardos en Barcelona, pero ni por esas.

La crisis ¡firme que firme!

Temimos encontrarnos el mejor día en *La Gaceta* el siguiente anuncio:

«Se alquila un Gabinete con muy buenas vistas. En la plaza de Oriente darán razón.»

—¿Usted cree que la conciliación llegará á hacerse?

—Por este camino se hará despues de Semana Santa.

—En la misma época me he fijado yo, porque creo que si la conciliación se hace, se hará... la Pascua.

En la historia del poder ejecutivo español, faltaba un interregno semejante para que allíhubiese de todo, como en las conquistas amorosas del D. Juan de Zorrilla.

Tales luchas hemos presenciado, tantos obstáculos han surgido y tan á menudo se multiplicaban las asperezas, que parecía tratarse, no de las carteras de Hacienda, Gracia y Justicia, Fomento, etc., sino de ocho carteras de Guerra... y de guerra encarnizada.

—Diga usted: ¿qué quieren decir con eso del gabinete intermedio?

—Pues nada; que durará lo que dura un intermedio en las funciones de teatro.

Momentos hubo en que creimos segura la vuelta de ese partido conservador, que ya va siendo un partido en conserva.

Ante ese temor, intentóse nuevamente la conciliación, encargándose de la tarea el presidente del Congreso.

Ninguno mejor que el usufructuario de la campanilla presidencial para el impropio trabajo de tocar campanillas, dar aldabonazos en las casas de los pro-hombres, ó ¡pero hombres! del partido liberal.

—¡Qué faena lleva esa gente!—decía un conservador—en medio de todo me dan lástima.

—¡Bah!—le respondía un correligionario—cuando lleguen á constituirse en Gabinete ya verá V. como descansan; ¡qué apoltronados y cuán olvidados del país!

Un caballero, que seguía paso á paso y algo impaciente los trabajos para la conciliación, decía al ver el fracaso sufrido por el autor del Código Civil:

—¿Tampoco Alonso Martínez ha podido hacer la conciliación? Pero, hombre ¿para cuándo está el Nuncio?

La actitud pasiva, resignada é indiferente del país ante los cabileos y trabajos de tan laboriosa crisis ha causado la admiración de muchos.

—Esto prueba la cordura de este pueblo.

—No, señor: eso prueba que el misero contribuyente vive muy ocupado con la crisis de la *cocina* y no pone atención en la crisis del *gabinete*.

Por fin, encargaron á Sagasta de formar el Gobierno.

Y decía un sugeto, haciéndose cargo de los apuros, rabietas y aprietos que D. Práxedes habrá pasado en estos días:

—La verdad es que aunque el nuevo gabinete tarde en jurar ¡como Sagasta ya habrá jurado á estas fechas por los ocho ministros!...

Parece que se trata de ponerle un piso... digo, no: de regalarle una casa entera al marqués de ¡Olé! érdola.

De este modo el ex-alcalde de Barcelona, que tantas ocasiones debió de encontrar mientras desempeñó el cargo, para salirse de sus casillas, entrará en una de ellas por obra, gracia y obsequio de los barceloneses.

Algunos dirán que una casa es poco.

Casi todas las poblaciones dedican calles enteras á sus hombres célebres.

Pero nuestro acuerdo es mucho más práctico.

Más vale darle el dominio pleno de una casa, que darle una calle... *in partibus infidelium* nada más.

También podríamos partir la diferencia.

Y darle una manzana.

Siempre y cuando que no fuera la manzana de la discordia—que esa está en Madrid—ni la manzana del paraíso, porque en esta mordemos picaramente todos los mortales.

En todo caso, al hacer el regalo al Sr. Rius y Taulet, debemos dar un voto de gracias á los madrileños, que también se han acordado de don Francisco de Paula, dando su nombre á uno de los teatros de la Corte.

Ya supondrán ustedes á qué coliseo aludo.

Al *Liceo Rius*.

LUIS ROYO VILLANOVA



LA ACCION DE NUMEROSA



unque sabíamos que lo de la acción de Numerosa había sido un sueño de Parleño, todos hicimos corro al fuego del vivac. El corneta Hormigosa fué el que le decidió, diciéndole:

—Venga eso, sargento Parleño.

Parleño encendió en un sarmiento hecho áscua la tagarnina, y empezó, con aquella voz suya ruda y característica:

—¿Lo tomáis ustedes á broma?

Pues yo os repito que cuando uno se duerme aquí, es porque se va á otra parte y á otros mundos donde no pasan las cosas lo mismo que aquí. Y yo me sé de esto algo más que los pistoles que estais ustedes en el batallón desde ayer... Bueno; pues aquello debió pasar en el reino de la Aritmética, en la llanura de Pizarreda y á la vera de un pueblo que se llama Numerosa.

Lo vi yo con la claridad propia con que veo á ustedes. Vaya, que por aquí nosotros y los otros somos hombres de carne y hueso, con cabezas y piés y manos, pero en Numerosa, los dos cuerpos de ejército que se miraban desde hacía días sin atreverse á embestir, no eran hombres, que eran números. Si; números todos: á un lado el ejército de los impares: batallones de unos, batallones de treses, de cincos, de setes y de nueves, y en frente, al otro lado, regimientos del ejército de los pares: doses, cuatros, seises, ochos; todos, pares é impares, en formación correcta, inmóviles, serios, sobre aquella negra llanura de Pizarreda. Yo soy un veterano curtido y correoso—añadió el sargento Parleño, dándose una manotada en el pecho—y me quedé suspenso al ver aquello que no había visto nunca en ejército alguno.

Alumbraba por arriba el sol como si tal cosa, como si aquel país y aquellas gentes fuesen las de este mundo. Al medio día empezaron á moverse los ejércitos uno contra otro, sin otra táctica que la de encontrarse y chocar de un modo terrible y decisivo. Y se encontraron con estruendo formidable.

—¡Yo lo vi!—exclamó enérgicamente Parleño, como si alguno de nosotros hubiese dudado en alta voz de lo que decía;—yo lo ví como les veo á ustedes, y que me quiten estos estambres si he vuelto á ver algo semejante ni parecido. Iban á vanguardia los unos y los

doses de ambos lados, y detrás toda aquella soldadesca de los reinos de la Arimética.

Los que son ustedes pistoles sabeis lo que sobreviene. Confusión, gritos, espanto, maldiciones: de todo salió de aquel hervidero. Los de menos valor, los unos y los doses, cayeron primero y allí quedaron, pero ¿ven ustedes un 3 con el rabillo hacia adelante y un 5 con el rabillo hacia atrás? Pues bien; cuando el meneo de los que pegaban volvía atrás los rabillos de los treses, quedaban convertidos en cincos, aumentaban en valor ¡valor heroico de la guerra! y seguían batiéndose con mayor empuje. Y cuando aquel meneo volvía hacia adelante los rabillos de los cincos, estos perdían valor y se batían vergonzosamente en retirada.

Vinieron luego los cuatros, buena gente, que cuando caían se levantaban con mayores bríos; como que el 4 que caía daba una vuelta y se ponía en sentido inverso haciéndose 7, así como los setes hacían lo contrario y huían indignamente, llanura de Pizarreda adelante, con una falta de valor vergonzosa.

No era fácil tomar el pulso á los batallones de seises y de nueves. Aquellos se levantaban hechos nueves en su novísima postura, y estos seises en la suya respectivamente, de modo que tan pronto valían más los unos como los otros, pero como eran gente de más fuste en la Arimética se pegaban con brío y sin retroceder.

Ya saben ustedes que en todas partes hay gente de poca confianza que se suele echar á vanguardia para que la quiten de enmedio, ó á retaguardia para que no estorbe. Allí iban en el centro: eran los ocho batallones de ochos, y por ellos se perdió para los pares la acción de Numerosa. ¡Qué gentuza, pistoles! Entraban al pronto con empuje bravío, pero fueron cayendo como los demás, y no he visto nunca desmoralización ni cobardía semejantes. Al caer, cada ocho se hacía dos mitades iguales, quedaba convertido en dos redondos ceros, perdía completamente el valor y huían sus dos mitades con una ceguera que pedía un tiro. Este ejemplo increíble fué metiendo el espanto en los pares, y cuando el sol se puso sobre las casas de adobes de Numerosa, los pares no eran más que un harapo de ejército que se retiraba por el confín de la llanura de Pizarreda.

Concluyó de hablar Parleño, y mientras encendía la colilla de la tagarnina, preguntó el corneta Hormigosa: —Pero ¿y los ceros, sargento Parleño?

—¿Los ceros?—dijo magestuosamente Parleño.—Los ceros no sirven en parte alguna, corneta, y allí iban de asistentes.

FEDERICO URRECHA.

¡NI PINTADA!

Casóse Juan, y casóse,
por su mucha inexperiencia,
con mujer, si bien muy rica,
adicionada con suegra.

Pasaron los quince días
entre almibares y fiestas,
acibaradas por dengues,
lloriqueos é indirectas.

Eclipsóse la ventura
tras nube espantosa y densa;
yerno y suegra se encontraron
y hubo amagos de tormenta.

Por fin desencadenóse,
y platos, sillas y mesas,
cucharas, vasos y jicaras,
volaron en la revuelta.

¡Duró la guerra intestina
seis años! ¡terrible guerra!
Juan se diera á los diablos
y á la suegra no se diera.

Mas vino la muerte un día,
y con ser ella tan fea,
encontróla Juan hermosa,
pues que cargó con la vieja.

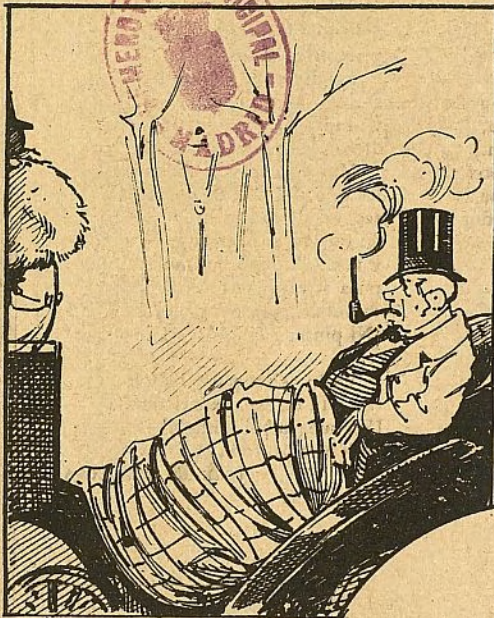
UN HOMBRE LABORIOSO, POR MECACHIS



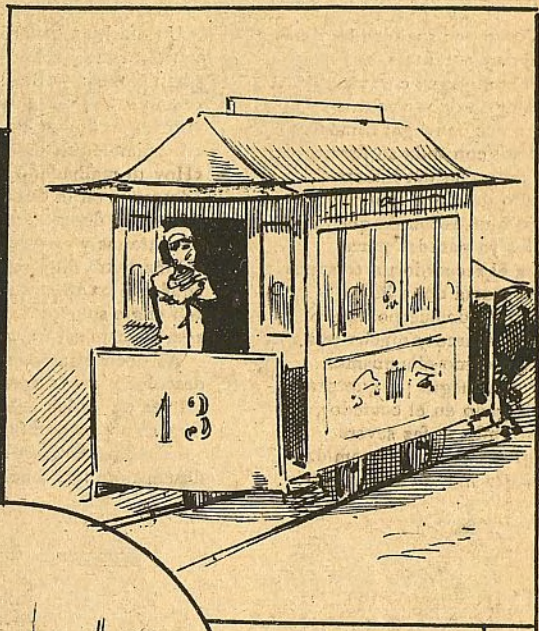
— ¡Caballero, socorra Vd. á un padre con catorce hijos, que hace muchísimo tiempo que no trabaja!

* — ¡Catorce hijos! ¡Caramba! ¿y á eso le llama Vd. no trabajar?

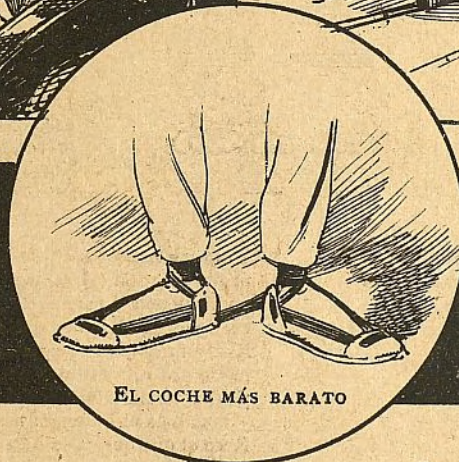
COCHES, POR CILLA



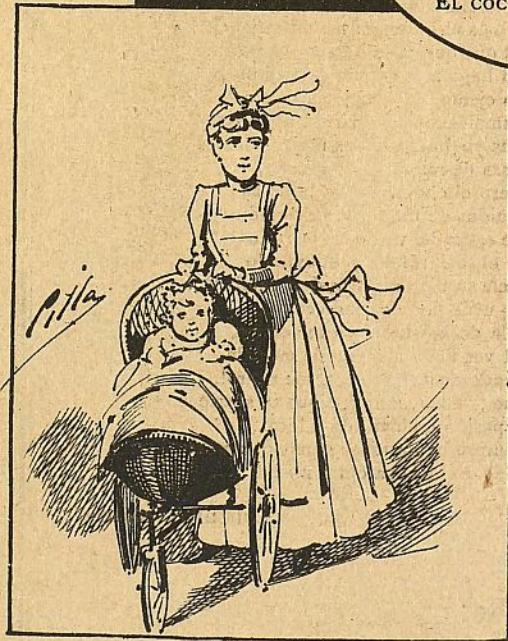
EL COCHE DEL RICO



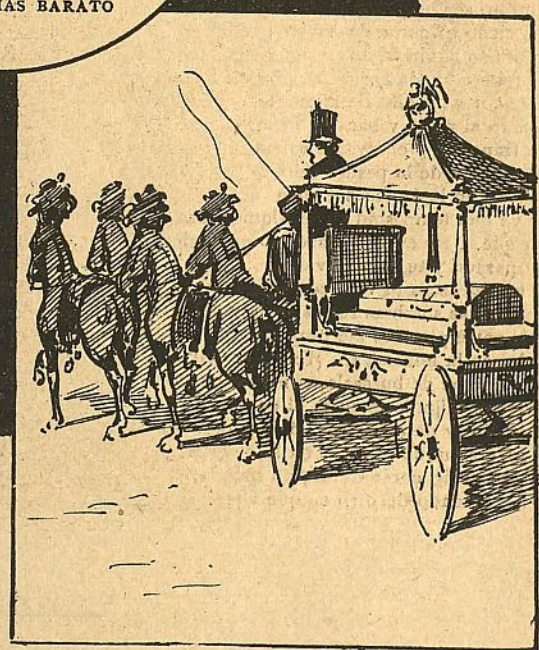
EL COCHE DEL POBRE



EL COCHE MÁS BARATO



EL PRIMER COCHE



¡EL ÚLTIMO COCHE!

Vieron en sus ojos lágrimas
amigos y parentela,
mientras que su corazón
de alegría daba vueltas.

La paz conyugal firmóse,
y el sol con toda su fuerza
fué antorcha del himéneo
y sello de dicha inmensa.

Sólo un recuerdo quedaba
de las ya pasadas penas,
y era el recuerdo un trasunto
de la mamá doña Petra,

retrato de cuerpo entero,
mucho marco y mucha tela,
pesado como ella misma...
—y una suegra ¡lo que pesa!—

Colgado en el comedor,
mostrando su faz severa,
suegra había en las comidas
y suegra había en las cenas.

Un día Juan encaróse
con el lienzo (¡tal no hiciera!)
y hablóle así: —«Bien estás
«como estás, pues no de muestras
«brios que domar no pude,
«ni pujamientos de lengua.
«Hoy tu malhadado cuerpo
«descansa en la dura huesa,
«mientras descansamos todos
«de jaranas y refriegas.
«Doña Petra de Quiñones,
«quédate como te quedas,
«en efigie solamente,
«para loarte así *in saecula*»

Al decir estas palabras,
descolgándose la muestra,
tal vez por culpa del clavo,
ó fuera por lo que fuera,
sobre el pobre Juan cayen lo
desencajóle tres muelas,

aplastóle las narices
y rajóle media oreja.

Acudieron al ruido
su esposa y la cocinera,
y al mirarle ensangrentado
dieron voces de asistencia.

Mas él, con voz apagada,
les dijo:—Basta de quejas:
esconded ese espantajo
de retrato en la leñera,
y vaya al fuego en invierno,
pues si viva me dió penas,
difunta me dá congojas...
¡Ni pintada quiero verla!

Ya lo sabes pues, lector;
toma tú de esto experiencia...
Una suegra ¡ni pintada!
pues aun pintada es funesta.

JOSÉ M^a CODOLOSA.

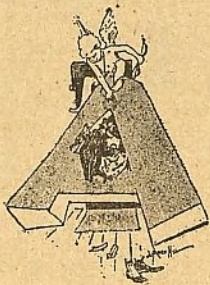
EL CÍNICO

Ven aquí, pobre martir de la suerte;
hunde en mi boca tu encendida boca,
y que consiga entre mis brazos verte
por la pasión esclavizada y loca.
¡Bah!... Yo no te condeno
porque olvidaste tu deber... ¡Pamema!
¡Bendito sea el cieno,
si el cieno es carne de mujer que quema!
Me asusta la virtud intransigente
que mira en cada acción árduo problema
y que corta las alas de la mente.
Prefiero el ruido y bacanal furiosa
á la tranquila y enervante calma,
y el archelar de la pasión celosa,
á ese sueño letárgico del alma
que ve una tempestad en cualquier cosa.
Con que... ríe en mis brazos lo que quieras
y tu pasado y tu pesar olvida...
No ennegrezcas tu vida con quimeras...
¡Hay tantas sombras reales en la vida!..
Vivir entre placeres me propongo...
No busco la honradez... ¿Existe acaso?...
¿Para qué he de buscarla, si me expongo
á que me salga la mentira al paso?...
¿Que yo voy de un abismo á lo profundo?
¿que me aguarda el dolor en la alegría?...
¡Al descubrir, como Colón, un mundo,
me he olvidado del otro en que vivía!

Y no me importa lo que diga un necio,
ni del santo la crítica me asusta;
mi existencia á esta máxima se ajusta:
«es igual la alabanza que el desprecio».
Nadie mi planta al caminar detiene,
nadie por mi destino vierte llanto...
¡Enhoramala la virtud del santo
y bueno es el bufón, si me entretiene!...
Rece el que quiera la oración gangosa,
que no llega á la cúpula del templo,
y como ejemplo del mejor ejemplo
pónganme siempre su virtud pasmosa,
mientras yo busco en las mujeres bellas
las diosas de mi culto exagerado,
y prefiero el chocar de las botellas
á los ruidos de un órgano averiado.
¿Dónde están la verdad y la rutina?
¿dónde el loco infeliz y el avisado
que hacia su bien sin tropezar camina?...
Nadie ¡uede decirlo ¡todo calla!...
¡Muralla del misterio, yo te admiro,
pero al ver nada más que la muralla,
encojiéndome de hombros, me retiro!...
Con que... nada, mujer, sigue tu suerte
por la pasión esclavizada y loca...
¡Yo siempre he de tener ganas de verte
escondiendo tu boca entre mi boca!...

LUIS DE ANSORENA

EL AMOR EN LA TROCHA



ver?... ¿a ver?... ¡Justo!... ¡Él era!... El mismísimo don Matías el escribano, muy finchado y orondo, con su caballo alazán mercado en la reciente feria del pueblo... ¡Ah, camastrón!... ¡Y tendría luego el valor de negar sus trapicondas? No, pues de esta no escapaba; le había cogido... ¡Que

se atreviese a negarle que por aquella calleja no venía del huerto de Rosa la viuda!...

Y voceándole al macho: ¡sooo!... y tirándole a la vez del ronzal, se detuvo el boticario, poniendo una cara de pascua que fulguraba malicia por todos sus pliegues. No había visto visiones; al paso castellano del potro, agachándose para libentar la cabeza de las ramas bajas de los fresnos que se asomaban á bardamear por cima de los husles, siguiendo el musgoso caminejo orillado de tapias, acercábase D. Matías, con intento sin duda de ganar la trocha que conducía al pueblo. Pronto distinguió el ginete al farmacéutico, parado frente a la desembocadura de la calleja y arrugó la cara, como si le disgustase el encuentro; pero no podía volver grupas de repente; su amigo le atisbaba, y procurando dominar su disgusto, continuó su rumbo hacia el atajo.

—¡Te he visto de lejos—dijole el boticario, en cuanto se le puso á tiro D. Matías,—y como supongo que vas de retirada á casa, te he esperado para ir juntos...

—Hacia allá me dirijo—replicó D. Matías refrenando el caballo.—¿Y tú?... ¿vienes de la ciudad de comprar potingues?...

—De allá vengo. Me faltaban ya en la botica muchas drogas, pero un día por otro lo he ido dejando hasta hoy...

—¡Pues cuando quieras!...

—¡Vamos andando!...

Y el uno junto al otro, ajustando al mismo paso las caballerías, siguieron pian piano por la trocha. Al principio guardaron silencio. D. Matías caminaba mudo é indiferente, contemplando los olivares y las viñas que tapizaban el terreno de oscuros borlones de frondas y de brillantes torzales de pámpanos, y á su lado, moviéndose todo, como diciendo con la cabeza que sí, al impulso del andar del macho, y torturándose los sesos para empezar la charla, marchaba el boticario mirando de reojo á su compinche. Por fin, encontró manera de romper el hielo, y sonriéndose de puro satisfecho y gozoso, exclamó el lenguaraz farmacéutico, encarándose con su amigo:

—¿Sabes, Matías, que voy reparando en la buena compra que has hecho?... ¡Es ese mucho animal! ¡Cuidado cómo pisa, y qué remos tiene!...

—No es malo, no—repuso D. Matías, hablando con la lentitud del que no lleva ganas de palique.—Sobre todo, si su estampa no resulta cosa del otro jueves, en cambio se traga las jornadas que es un gusto.

—¿Será, por supuesto, entero?...

—¡Claro!...

—Pues turbio... ¡Debes castrarlo!... ¡Al demonio no se le ocurre lo que á tí!... ¡Mira que subirse á los lomos de un potro cabal, á tus años!...

¡A tus años!... ¿Qué años? ¡Cualquiera diría que se trataba de un vejestorio!... Este boticario... ¡Para qué diría semejantes necedades, si habían sido condiscípulos, y de sobra sabía los años que le llevaba?... D. Matías no pudo digerir el alfilerazo, y replicó, un si es no es ofendido:

—¡Pues señor, cualquiera al oírte pensaría que vés en la compañía del propio Matusalem... y aquí donde me vés, no me falta ni un hueso en la dentadura!...

¡Buenos cuartos te cuesta! estuvo á pique de soltarle el farmacéutico; pero no se atrevió á ahondar más la aguda hoja de la sátira, y se calló. Luego, con la brutal confianza de la amistad añeja, le dijo de golpe á su amigo:

—Hombre, no te enfurruques; no ha sido mi ánimo llamarte viejo, y menos ahora que te casas...

D. Matías tiró de repente de las riendas, encabritando casi el caballo; después se ladeó en la silla, disparó una furibunda mirada á su compinche, y le gritó balbuciente:

—¿Casarme yo? ¡Estas loco!...

El farmacéutico se sonrió, y sin intimidarse ante la furia de su condiscípulo, le repuso con sencillez y aplomo:

—¡Pues todo el mundo lo dice... y yo lo creo! ¡No me lo niegues!... ¿De dónde venías tú por la calleja, sino del huerto de Rosa la viuda?

D. Matías se enrojeció súbitamente; le pasó por las mejillas un rastro de áscua, y trabándosele la lengua, repuso furibundo:

—¡Parece mentira que digas eso tú, que me conoces de toda la vida!... ¡Casarme yo!... ¡No ignoras que siempre he defendido que el amor no existe, y ahora te vienes con esas!... ¡Con que no lo he hecho en mis mocedades!... No seas vulgar, hombre, no seas vulgar. ¿De dónde sacareis semejantes especíes?... ¡Estaría bueno que el excéptico de siempre viniera á caer al fin en las redes de una campesina zafia!... ¡Quita allá!...

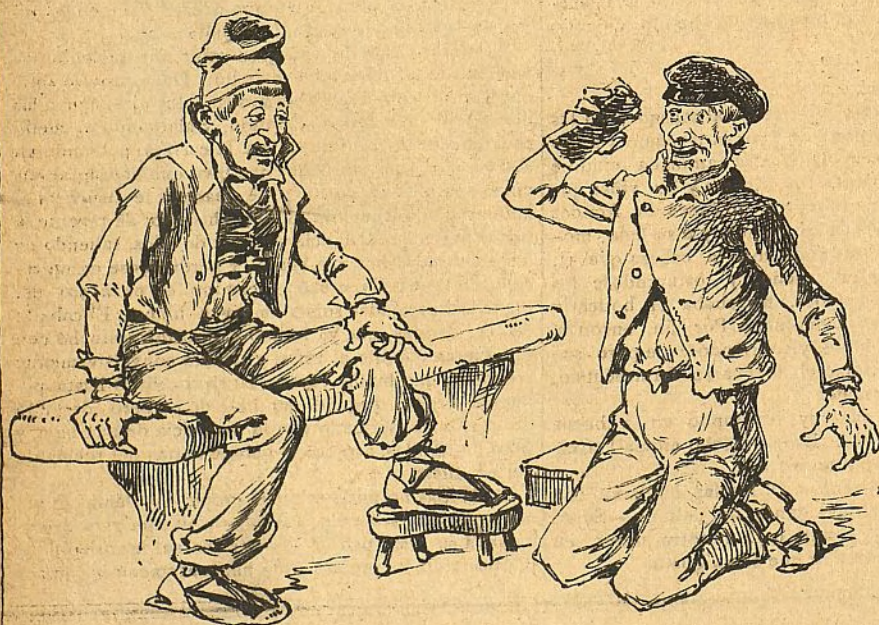
D. Matías hablaba con gran calor, manoteando por encima de las orejas del caballo. De improviso se le engalló el corcel; encandilarónse los ojos, aguzó las orejas; dió un ruidoso resoplido, y alargando el cuello con tenacidad, trató de salir á la carrera, poniendo en alarma al digno escribano, que tuvo que consagrar sus cinco sentidos al potro. ¿Qué diantres le ocurriría al animal? Todo fué cosa de un chispazo; de repente, á pocos pasos de distancia, delante de ellos, saliendo de los sembrados por una vereda y perdiéndose en un recodo de la trocha, cruzó el camino el panadero del lugar, á horcadas sobre su yegua blanca. El caballo de D. Matías, que ya la había oliscado, relinchó con una fuerza terrible al verla, y tembló convulsivamente: luego dió una huida espantosa; se encabritó hasta ponerse derecho; pegando un bote de carnero, despidió de la silla al escribano con la violencia de una bala, y libre de riendas, arrancó al galope detrás del rocinante del panadero.

D. Matías no pudo evitar el golpe; el relámpago del arranque le descompuso sin dejarle tiempo para defenderse; á su pesar perdió los estribos, se le abrieron las piernas, soltó las bridas y rodó hacia atrás con los brazos

SE PROHIBE HACER AGUAS
EN ESTE SITIO



—Bien, sí; pero aquí diu: SE PROHIBE HACER AGUAS.
—Y qué? ¿No las está Vd. haciendo?
—No señor, y dispensi: aquestas ya salen fetas.

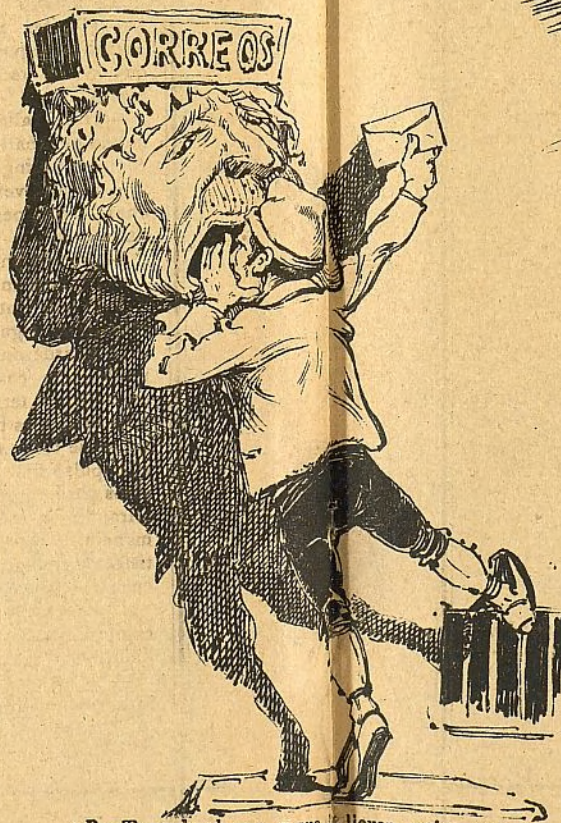


¿'M vol fé 'l favor?

BÚFALO BILL'S
TODOS LOS DIAS
DE LA VIDA
DE LA MUJER



¡Ma noy! ¿que li dehuen dir que bñ, á n' aquet Bill?



¡Per Torredembarra, y que lleven aviat, que la Pauja la espera!



—¡Es que vosté es un transeunte como los demás y no debe interrumpir el paso!
—Transeunte? ¿yo transeunte? Veurá: fassi el favor de no poner motes ¿entén?

TEATRO
ACASARSE
TOCAN.
LOS INÚTILES
OLE SEVILLA
NO SE DAN
SALIDAS



—Es que están ya acabando la tercera pieza y como llega Vd. tarde...
—¿La tercera? Bueno: entonces deme dos entradas para la otra: para No se dan salidas.

PAHISA

en cruz, quedándose sentado sobre el musgo del piso, como si le hubieran clavado en tierra. El farmacéutico, pálido y trémulo, se tiró del macho, y corrió á socorrer á su amigote, pero ya este se levantaba, sacudiéndose el traje, arreglándose la persona y echándose por instinto las manos al sitio donde le dolía. Entonces, el boticario, viendo que no era la caída de funestas consecuencias, no intentó ya contener las olas de carcajadas que se le agolpaban á la boca, y sintiendo que la risa se le escapaba con estruendo al contemplar la

maltrecha figura de su compinche, todo encorvado y afligido, con las asentaderas llenas de verdín, el bigote desengomado y un guante de tierra blanda en las manos, le interpeló con malicioso tono, soltando la llave á la hilaridad:

—¿Qué te decía yo del caballo?... ¡Tu me asegurarás en redondo que no te casas, pero no podrás negarme que el amor existe!...

ALFONSO PEREZ NIEVA

¡PERDONA, POR DIOS!

Á LA SEÑORITA DOÑA M. G. DEL B.

Me encargas versos, María,
y no te los quiero hacer,
porque te ha de parecer
muy basta mi poesía.

Si solamente agradeces,
por capricho ó cosa así,
el que te llamen *huri*,
querube y otras sandeces,
busca un poeta más fino,
porque mi musa es tan sosa,
que llama, en verso y en prosa,
al pan, pan, y al vino, vino.

¿Crees que acierto á decir yo,
siguiendo de otros la huella,
que los labios de una bella
son dos *clavetes*? Pues no.

No hago yo como otros mil,
aunque de atroz se me tache.
¡Nada de ojos de azabache
ni de dientes de marfil!

Jamás diré á una mujer
que sus mejillas son *rosas*;
porque yo encuentro esas cosas
curtis á más no poder.

¿Yo llamar *cabellos de oro*
á los pelos rubios?... ¡Cá!

Eso lo dice el que está...
entre Pinto y Valdemoro.

Si fueran de oro, yo sé
de muchas que empeñarían
su pelo, y se arreglarían
con pelucas de *doublé*.

Hay requiebros, en verdad,
que no merecen perdón.
¡Decir que un pie es un *piñón*
es una barbaridad!

Los floreos no son feos,
mas no cuadran á mis gustos,
y á veces causa disgustos
el andarse con floreos.

A una tal Pepita Moles,
á quien yo no conocía,
puse en su abanico un día
que sus ojos eran soles.

Y (¡oh, bochorno soberano!)
cuando el mal ya estaba hecho,
la vi en el ojo derecho
una nube... de verano.

Nada, nada, amiga mía:
perdóname la franqueza,
pero siendo mi cabeza
sólo una caja vacía,

renuncio, como verás,
á complacerte en tu encargo,
diciéndote, sin embargo,
cuatro cosas nada más.

Tu valer no tiene tasa,
tú eres afable y sencilla
y entiendes á maravilla
el manejo de tu casa;
tú trabajas con afán,
tú procuras el ahorro;
lo mismo fajas á un *torro*
que confeccionas un flán;
y con tu hermana Consuelo
(que es una chica hasta allí)
fabricas un *Chantilly*
como el que hacen en el cielo.

Deja, pues (aparte guasas),
que profetice una cosa:
tú serás muy buena esposa
(por supuesto, si te casas),
pues tienes cuanto desea
quien feliz aspire á ser.
Con que... si esto no es valer
¡que venga Dios y lo vea!

JUAN PEREZ ZÚNIGA.

LO POSITIVO

En despoblado un mendigo,
casi próximo á la muerte,
renegaba de su suerte,
que le negaba un abrigo
Soplaba el cierzo enemigo;
la luz del sol se apagaba,
y la luna, que asomaba
por sobre el mar, parecía
sátiro que se reía
del pobre que tiritaba.

Al verle, extraña opresión,
que me causó desconsuelo,
como montaña de hielo,
apretóme el corazón;
comprendiendo la aflicción
de aquel sér infortunado,
llegué á creer, desatentado,
que eran justos sus lamentos
y sentí ciertos intentos
de blasfemar á su lado.

Pero luego, recordando
los sermones de algún cura,
me acerqué á aquella criatura
y así le estuve exhortando:

—¿De qué te estás lamentando,
miserable pecador,
cuando ves que el Criador
en servirte se complace
y absoluto dueño te hace
de cuanto hay en derredor?

Tienes un cielo por techo,
bordado de luminas,
y por espejo los mares
y suaves flores por lecho:
fuentes y aves á tu pecho
dan suavísimo regalo:
ningún ser á ti lo igualo:

¡y aun esto lo encuentras poco?
O tu te quejas por loco,
ó bien te quejas por malo.
Mientras así yo decía,
mi capa encima le echaba,
porque á nevar empezaba
y el infeliz se arrecia:

y mientras esto yo hacía,
oí que, con gran anhelo,
murmuraba el pobre abuelo:
—Deja sermoes y tapa...
¡mejor abriga un i capa
que todo el manto del cielo!

P. HUGUET Y CAMPAÑA

Cuento que pica en historia



(A MI AMIGO J. GALLISA.)



En cierto pueblo de la provincia de Barcelona, cuyo nombre me dejaré en el tintero para chasco de los curiosos, vivían en buena paz y armonía un médico (dicho sea con perdón de los que fueron sus clientes) y un alcalde, que, á más de dicho cargo, poseía una excelente vacada, que no dejaba de proporcionarle pingües ganancias.

El primero de los citados sujetos, ó sea el matasanos, buen mozo y de libras, á pesar de sus cuarenta años cumplidos, se conservaba soltero. No sucedía lo mismo con el alcalde, el cual á los veinte ya consumó el matrimonio con una hembra que, según espontánea manifestación de propios y extraños, y sobre todo del médico (quien, según malas lenguas, tenía razón de saberlo, pues algunas veces le había tomado el pulso) era de lo mejorcito que en su sexo podía hallarse.

Aunque llevaba tres lustros de matrimonio, jamás se vió precisada á descuidar su persona para atender á los solícitos cuidados que requiere la maternidad: así es que al llegar á los treinta años, su rostro terso y limpio de arrugas, sus prominentes formas y su franca jovialidad, le daban todo el aspecto de una jamona apetecible.

Su marido, también dotado de un carácter alegre y algo bullanguero, era lo que hemos convenido en llamar un *Juan Lanas*. Los asuntos de la municipalidad iban como Dios jamás pudo querer, y en su casa nada fijaba su atención, como no fuese la excelente vacada que poseía. Su mayor satisfacción era hallarse siempre entre cuernos y poder decir á los compradores y á todos cuantos le prestaban oído:

—La lechê que yo vendo no contiene mezcla. Mi leche no hace daño.

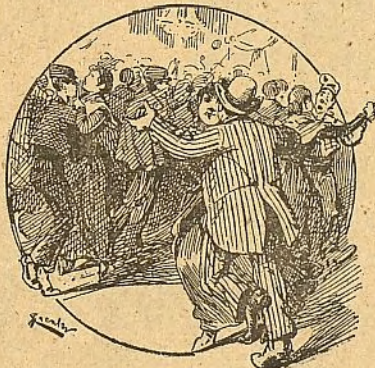
Carmen, su mujer, como parte interesada, era la primera en aseverar este aserto.

Así las cosas, llegó el último verano, y con él la correspondiente fiesta mayor del lugar. Hubo, como es consiguiente en tales casos, por la mañana repique general de campanas en la parroquia (acompañado de algunos tiritos *con bala*) baile en dos distintos entoldados por la tarde y por la noche, y hasta creo que alguna que otra pandilla de *aficionados* ejecutó un drama con la agravante circunstancia de *premeditación*; pero

¡en fin! en eso no he de meterme yo. Lo que sí debo decir es que el baile de la tarde estuvo concurridísimo, favoreciénlo la indispensable presencia del monterilla, acompañalo de su robusta mitad, que caminaba indolentemente apoyada en su brazo.

También el médico se hallaba en el entoldado y cuando su mirada se cruzó con la de Carmen, levantóse entre los concurrentes cierto indiscreto murmullo, que de fijo no llegaría á oídos del buen Martín, ó sea el alcalde, que en aquel momento se hallaba ocupado en hacer el panegirico de las benéficas propiedades de su leche.

Entre tanto, su mujer, con el talle rodeado por el



brazo del afortunado médico, deslizábase entre los discípulos de Terpsícore, dandorápidas vueltas al son de un airoso vals, coreado, según es costumbre en los pueblos, por los fuertes y excitantes ronquidos de algunos apasionados.

Olvidaba advertir que el médico, hombre estremadamente elegante, vestía un traje á rayas negras y grises, cortado según el último figurín.

Cuando la orquesta hubo terminado su cometido, ejecutando todas las piezas del programa, cada hijo de vecino se encaminó á su casa y los *go-reros* á la agena, para cenar y adquirir nuevas fuerzas con que soportar las próximas fatigas del baile nocturno que, según creencia general, había de dejar tomañito al de la tarde.

En efecto: llegada la hora, todos los asistentes á la pública diversión quedaron con tanto así de boca abierta, admirados de ver la profusa iluminación del entoldado, las artísticas combinaciones formadas por guirnaldas de flores artificiales entrelazadas con firsas gasas de distintos colores, y el suntuoso entarimado dispuesto para la orquesta.

Cuando, pasados los primeros momentos de admiración, las piernas de los danzantes de ambos sexos empezaban á sentir cierto hormigueo que incitaba á la danza, notáronse entre la concurrencia algunos síntomas de disgusto. Ni el médico ni el alcalde se hallaban en el local.

La ausencia del primero nada implicaba; pero la del segundo era grave. Como que sin él no podía comenzar

I.—ENTONCES, ENTONCES..., POR PONS



—... y si tu virtud no se opusiera, mi hermosa Hebe, yo me permitiría— y perdona el atrevimiento—ofrecerte esta pálida rosa, con la misma veneración y respeto que si la colocara en el altar de nuestros dioses.



—¡Una joya de dos mil reales! Guárdela Vd. guárdela Vd., para obsequiar á su criada. Yo no puedo aceptar esas mezquindades.

el baile, sólo pena de hacer un manifiesto desacato al representante del rey...

Por fin, uno de los concurrentes decidió ir á buscarlo en su propia casa, y á los pocos momentos regresó con el indispensable, siendo ambos recibidos con una salva de aplausos, finidos los cuales, el pobre Martín explicó entre mohino y cariacontecido que le era imposible continuar en la fiesta, pues una súbita indisposición de su mujer se lo impedía. Dió luego algunos pasos por el local, oyó los primeros compases de la música y volvió á su casa.

Al entrar en la alcoba conyugal, que estaba completamente á oscuras, crispáronse sus nervios al percibir cierto grito sofocado, seguido de un golpe sordo.

—¡Carmen!— gimió con voz doliente.

—¡Cómo! ¿ya estás aquí? dijo ella con enojoso repulso— ¿no te dije que ¡odias permanecer en el baile?

—Pero... estando tú así... (Oyóse el *ric* producido por el frote de un fósforo al tratar de encenderlo).

—No, por Dios—exclamó Carmen;—te lo suplico, Martín: no enciendas... La luz me daña la vista (y mientras esto decía sus dedos buscaban ansiosos algo entre las ropas de la cama).—Además, prosiguió ya casi no siento nada... Podrías volverte... me encuentro bien...

—¡Bah, bah! Aunque así sea, ahora ya no salgo de casa.

Y empezó á desnudarse. Durante esta operación, su esposa prosiguió buscando algo á su alrededor sin lograr encontrarlo. Pronto se la oyó exclamar con voz acongojada:

A UNO DE LOS QUE FUERON

¡París! ¡París!... Tu espíritu regresa, lleno de viento; igual que tu equipaje, y atormentas á un santo con tu viaje á la *dernière* Exposición francesa.

Verdad que ahora tu estómago confiesa que le costó ayunar tu rico traje; pero eso ¿qué? ¡si en tu país salvaje te sientan tus amigos á su mesa!

Madrid al lado de París es cero: mas, de la capital de las naciones ¿cómo volviste sin tener dinero?

Culto desde la frente á los talones, fino, amable, cortés y caballero... ¡caballero en la cruz de los calzones!

JOSÉ DE DIEGO.

—Martín, esposo mío, no sé que tengo... Si te llegaras á la botica...

—¡No te dije yo? Bien he hecho en no moverme.... ¡Canario! ya casi me había desnudado. ¿Por dónde andarán mis pantalones?... Está esto tan oscuro... ¡Ah! ya los tengo.

—Pues corre, Martín; ve corriendo; yo me muero...

—¡Caracoles! ¡ánimo! no será nada: vuelvo al instante... ¡Si ya te dije yo esta tarde que no abusaras del melón!...

Una vez hubo salido de la alcoba, esta, que como ya hemos dicho, estaba sumida en la mayor oscuridad, iluminóse de repente, oyéronse en ella pasos precipitados, con acompañamiento de suspiros femeninos é interjecciones masculinas y luego... nada.

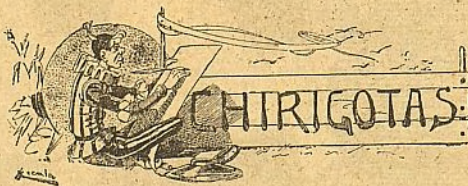
Entre tanto, el alcalde que, con mejores ó peores explicaderas, había dado á entender al boticario que su mujer se hallaba enferma y necesitaba *algun* medicamento, al ir á pagar el importe de éste, quedó estupefacto viendo que del bolsillo de sus pantalones sacaba un puñado de monedas de plata, cantidad que no acostumbraba á llevar encima pero su estupefacción duró bien poco, porque se convirtió pronto en desesperado furor.

Una mirada dirigida á aquellos espléndidos pantalones á rayas *negras y grises* le explicó el enigma.



¡Eran los del médico!...

A. MENENDEZ.



Como verán Vds., además de otras colaboraciones valiosísimas que hemos adquirido, desde hoy contamos con la del celebrado dibujante señor Pahissa, autor de la lámina central del presente número.



El nuevo ministro de Fomento es el afamado ganadero, señor duque de Veragua.

Y á mi me parece esto mal.

¡Si, señores, muy mal!

Porque... reflexionen Vdes.

El duque de Veragua dá á las plazas de España un buen contingente de toros famosísimos.

Y hoy, como ministro de Fomento, resulta que es jefe y superior nato de los estudiantes españoles; lo cual debe influir en la conducta de estos de un modo desastroso.

Porque es lo que dirán ahora los estudiantes:

—Si el jefe produce toros ¿qué es lo que nos corresponde á nosotros?

Y encontrarán enseguida la respuesta:

¡Hacer novillos!

✱

—¿Por qué te has de emborrachar?

—Por ver si así ahogo mis penas.

—¿Y lo consigues?—Apenas.

¡Las tunas saben nadar!

E. GUILLAR.

✱

En Zaragoza un corredor taimado con sesenta mil duros se ha fugado. La acción no es muy decente, lo confieso pero ¿lógica no es? ¡Hasta el exceso! Lo que habrá dicho el hombre: ¿Soy corredor? ¡Pues justifico el nombre!

✱

Y... hablando de lo mismo, es decir, del asunto del corredor ese.

¿Saben Vds. por qué ha huido el pobrecito, segun datos fidedignos?

Pues porque estaba alcanzado.

Y se conoce que ha dicho:

—¿Si? ¿alcanzado estoy? ¡pues que me alcancen!

Y salió de manera que no le alcanza un galgo.

✱

Habla mi simpático colega *El Noticiero Universal*:

«D. Amadeo de Saboya (q. e. p. d.) gozaba «en Turin» de universales simpatías».

De hoy en adelante, ya me parece estar oyendo á los niños en los exámenes:

—A ver, dígame Vd. algo de Turin.

—Pues Turin... Turin es el Universo.

—¡Hombre! ¿dónde ha aprendido Vd. eso?

—Aquí.

Y enseñará el número de *El Noticiero Universal*.

✱

Cosas que han subido estos dias:

La Bolsa.

El pan.

La carne...

Y los fusionistas, por segunda vez.

✱

—Dime, papá: ¿que son las carteras ministeriales?

—Unas carteras iguales...

iguales á las demás

—¿Son de piel? —Naturalmente.

—De piel de Rusia, de fijo.

—¿De piel de Rusia? No, hijo:

¿de piel de contribuyente!

✱

OBRAS PUBLICADAS—*Cants intims*, hermosa colección de poesías catalanas del celebrado artista D. Apeles Mestres. Que este es, además de un excelente dibujante, un poeta que honra á Cataluña, lo sabíamos ya. Nueva prueba de ello acaba de dar con la publicación de esta obra. Cómprenla Vds. en la seguridad de pasar un rato delicioso saboreando las bellezas que contiene.

Zarzamoras, colección de versos, y *La Sortija del negro*, novela, forman un tomo del cual es autora doña Carmen Beceiro de Pato. Agradecemos á esta señora el envío de su libro, que se expende á... á... Es decir, no sé á qué precio se expende, porque como no consta en la obra...



Un alienista.—Zaragoza.—Venga la firma.

115.—Idem, idem, para la moraleja.

P. de H.—Gracia.—Id. para dos epigramas.

R. G.—Barcelona.—Y la de Vd. para el soneto. ¡Dios mío, si siguiera esto así! ¡qué bien!

E. D.—Madrid.—Es serio.

R. H.—Barcelona.—Es soso.

F. C. M.—Madrid.—Lo siento, lo siento en el alma, pero... no podemos...

Justo Cabal.—¡Qué bien escribe Vd. y qué mal escribe Vd...! Porque ¡amigo! tiene V. una letra que ni la de Sanchez Perez. Con decirle que todavía no he podido descifrar su carta...

D. M.—Madrid.—¡Claro! ¿cómo ha de hacerse la conciliación? ¡Mientras haya en España quien opine que andando por aquellos trigos

es verso octosilabo!

R. P.—Barcelona.—«¡Cielos! mmmuró el conde: ¡qué boo! Pues... debió ver que Vd. escribía *ber*, así con *b*, y ¡es claro! se horrorizó.

F. F.—Valencia.—¿Le ha dejado á Vd. descontento, eh? Pues lo triste es que á mí me pasó lo mismo. Pero como, así y todo, se ha agotado...

R. M. B.—Barcelona.—Segun las ultimas noticias recibidas, *Madrid* y *dirije*, *vez* y *José*, y *esquela* y *Reguera* siguen poseyendo el feo vicio de no ser consonantes. Y algo semejante le pasa al verso octosilabo

aunque sea en la CORRESPONDENCIA, que no tiene más defecto que el de no ser ni octosilabo ni verso.

J. F. A.—Santiago.—Repito mi ruego: ¿quieren Vdes., cuando les pida la firma para una composición, mandar la composición firmada?

Sres. A. O. S. A. y J. P. de G. (No sé de donde).—*Magdalena* (Sevilla).—C. Ch., *Loro Micena*, F. F. F., *Patim-Patam*, F. S. B. J. M. P., *Gililo*, R. C. F., *Bram*, J. B., E. U. y P. K. 2. (Barcelona).—*Betulo* (Badalona).—J. M. L. (Málaga).—J. F. Español, J. J. C., *El marqués de la Intemperie*, R. M. F., *Un catalá*, M. P. de la M., *Sófocles*, J. S., *Morfeo*, M. L. M., P. de S. V. y R. de G. (Madrid).—*Serato Simple* (Sevilla).—S. G. (Pontevedra).—A. B. (Santiago).—*Un papá* (Gracia).—J. C., *T. O. Doro*, P. M. y J. E. S. (Valencia).—J. R. G. (Villafaranca Montes de Oca).—L. C. (Mataró).—*Un sobrino de mi tío*.—E. C. (Burjarot) y *Uno* (Salamanca).—No podemos publicarlas, Y no tomen Vds. á descortésia que no se les diga el por qué.

¿Que si quedan cartas por contestar? ¡¡Uff!!

Imp. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9. (pasaje).

GALERIA DE BELLEZAS.—I— POR ESCALER



—...y puesto que es tal tu aún
por saber quien soy, *gachó*,
ven conmigo al restaurant...
¡Allí sabrás *quien soy yo!*